

Píntate los labios, María...

Luis Felipe Rojas Rosabal

A María Montejo, la joven.

DUERME O SUEÑA COMO YO, Y ASÍ SE ME PARECE A UNA VIRGEN, COMO EN LAS fotografías amarillentas, donde todavía luce con esplendor. Así como luce en las viejas fotos, igual aparece sobre el cromado de las revistas de moda. En el filme, en las fotos y las revistas el tiempo es un ruidoso tren al infinito, es un bicho que se lo come todo. En las fotos ya la mujer no vuela con tanta ligereza. Ahora vuela con un pan entre las manos. Bueno, tampoco es una mujer. Es una mancha sanguinolenta, viene y va desde la calle estrecha al abismo. Ya despierto. La calle estrecha pudiera llamarse Paredes, con el número sesenta y siete, tan bueno para la charada, pues el puñal es un perfecto argumento para hacer veraz esta evocación. Una vez la soñé y después la vi con el delineado perfecto de su boca rojo-intenso, pero debe de ser una alucinación más producida por *France Soir* o *Vanidades*. En aquella, María viste un chal de seda verde limón, como María Rojo en las películas mexicanas. En *France Soir* todo es perfecto, por eso dejo a María en CLASIFICADOS y me remito al tiempo donde la veía pasar con su jaba, sus niños y su perrita salchicha. Será dulzón y cursi, pero en esa época María me pareció más salida de *France Soir* que de *Vanidades*, en ésta no se exponen al tostado de su piel. Parece cursi, pero María era bien torneada en las piernas, y ya tú sabes: guitarra, muñeca, pelo suelto y todas las confluencias que se hacen posible en torno a la palabra maravilla. Aun así, evocación mediante, atropello las palabras cuando suelto la revista de modas y no veo a María por la casa sino a esas mujeres canilludas y tetonas. Hay una casa grande y espaciosa, desprovista de lujos. Está limpia de objetos, como un diván sin uso. Aún no me explico lo del pan sobre las manos. Este gesto no logro percibirlo como bondad o regateo. En un sueño, hace unos días la vi con el pan entre las piernas, y salían infinidad de rosquillas sobrevolando nuestras cabezas. Cuando ella se pone el pan entre las piernas, acudo al viejo truco de cruzar los dedos y estalla, en un ruido enorme,

una polvareda de migajas de pan tostado. Además de cursi, con el rollo de las revistas color de rosa, pudieras pensar que estoy «tostado», pero algunas noches he dicho cuchi-cuchi o bomboncito y se aparece ella como en los recortes de mi abuelo, como en las pegatinas de mi abuelo en la pared: dicen TELE-RADIOLANDIA, oscuro esplendor, esplendor antiguo y olvidado por donde pasarán los mejores rostros, angelicales y virgíneas geografías de las mujeres que también son mi país.

Hubiera sido el último cuplé del Teatro Martí, junto a otros rostros olvidados de aquellas bailarinas, pretendiendo hacer de éste un baile nacional, y a mí no me pregunten, dice un hombre, en los portales del teatro, yo no sé nada de Alicia Rico, ni Blanquita Becerra. Dice y escupe. Balbucea otro entuerto de palabras y se guarda las colillas de cigarro en los bolsillos del abrigo. Me acerco a los camerinos, dice, meto los ojos y la nariz adentro y lo compruebo. Era un deporte nacional. Recortaban la mujer o el hombre deseados, y las engomaban al espejo. Sentarse todas las noches antes del *show*. Ponerse el maquillaje y el fetiche recortado de la revista del corazón nos vigila todo el tiempo desde el CINE-TEATRO «Martí». Segundo piso. Es un palomar, los farolones metálicos desprenden el más intenso calor. De a poco él se arrima a un boquete cercano a la ventana. Frente al tragaluz, revisa una tripa filmica. Más allá de la corbata de dos metros, va centrando los fotogramas. Los encuadra cerrando un ojo para alcanzar mayor precisión, sosteniéndolos entre los dedos índice y pulgar. Así quiere descubrir la vida: veinticuatro deseos por segundo, veinticuatro veces por sorpresa. En el primero, una mujer inclina un brazo hacia arriba y algunos mechones del cabello rizo logran un imperceptible cambio de posición. En el octavo fotograma el hombre se ha recostado al proyector izquierdo, sin notarlo recién pintado de rojo-mate. Continúa absorto pues la mujer ya tiene mayor inclinación y ha iniciado su caída. Pero eso no le importa, le interesa su vestido corto, de óvalos blancos y fondo crema. A través de las placas no debe ser sino un borrón oscuro, plomizo acaso por la Cruz de Malta que la ha golpeado tanto. El hombre ríe. Hace un alto y el filme pasa a una toma cada dos o tres minutos. Ríe. Le produce la sensación de ser dueño de algo, de alguien. Se rasca la barriga. Detiene la proyección entre sus dedos y detiene la vida. Ríe. Detiene las sorpresas. Ríe y se babea. Detiene la caída. Ya la mujer no cae. Deja de reír. Ella y el mazazo que la ha golpeado se quedan chorreando su dolor en el aire de aquel cuarto, oscuro taller de alquimista medieval. Han transcurrido los minutos y no puede sostenerse en pie, como hasta ahora, acerca una banqueta alta y recuesta el mentón a la boca de luz. Pone un ojo frente al otro cuadro filmico. Escupe. La mujer lleva zapatos altos, color beige, sujetos adelante con una hebilla plateada. Igual a las mujeres felices y elegantes de *France Soir*, cae sin atuendos, sin objetos visibles, con el sencillo estorbo de un reloj, de pulsera de alambre dorado. Ya no escupe. Sonríe al descubrirle la limpieza de los brazos, la ligera elegancia de su sencillez. Siente la humedad en el brazo izquierdo, casi donde remata el hombro, se acerca la mano pegajosa a la nariz y descubre (SORPRESA EN EL FOTOGRAMA NÚMERO NUEVE) el olor dulce de la sangre. Lo descubre y

lo comprueba, está herido, pero no quiere interrumpir la proyección cámara lenta. Con la mano izquierda, resignado y complacido, se frota la sangre por el rostro. Ríe. Se rasca. Escupe. Yo también me río.

Como el hombre del tragaluz, ya no es el rostro primoroso de una mujer sino un manchón sanguinolento con el cuerpo casi desplomado, pero detenido en el tiempo a veinticuatro veces por sorpresa. Qué vergüenza. Una mujer así no sale en *France Soir*. Yo nunca lo había visto, pero veo que a ella también la sangre le mana del rostro. El hombre ha acercado los ojos a los lentes y los lentes a la ventana llena de luz donde está el fotograma. Allí se afana buscando la maza o el objeto, pues hicieron blanco mortal en la mujer. Tiene el rollo a la mitad. Una tripa filmica. Un rastrojo de placa que irá al tacho de basura. Que está en el tacho de basura, mas la mujer no vuela ni tiene el pan entre las piernas o las manos. Ahora se despeña. Cae lentamente. A pesar de la herida, el hombre ríe. Escupe. Yo también me río y me sorprendo un poco, pues subiendo a la sala de proyecciones, el hombre no reparó en la hoja del cuchillo que le lamía la barriga, y acto seguido, el cuello. Ya no se rasca la barriga. Escupe. No siente la cuchillada. Más tarde está extasiado ante el tragaluz. Admirado del parecido de la mujer del filme con la modelo de la revista de modas. No se percata del embarro hecho a las tijeras y los mandos del proyector izquierdo con la sangre, reseándosele en el rostro.

A mí se me pierde en la memoria y sólo acierto a recordarla así. Ya no pasaba por Paredes. Además de ser una calle incómoda, se le hace intransitable con el cochecito de los niños, dos litros de leche y una jaba con viandas y mandados. La última vez parecía un adefesio, una mujer común y descuidada, con las greñas al aire y un tirante de la blusa descolgado sobre el brazo. Arrastraba el polvo de la calle con el corcho de las chancletas playeras, yendo a toda prisa, entre los que regresan a sus casas. Al dejar Paredes se sintió perseguida. Fue más allá de su intuición. Olió el sudor perfumado del hombre de la gorra de pelotero. Rubio. Bajito. Hombros anchos. Estuvieron rozándose las manos en medio del gentío. Al detenerse, para cruzar la calle, solitaria en esa esquina, sintió una de las tenazas del rubio en su frágil muñeca izquierda. La tenaza le cortaba el pulso, le partió el alambre dorado del reloj. Le sintió respirar. Un resuello sucio, profundo, apestoso a nicotina. El miembro duro, debajo de la mezclilla del rubio, le aprisionó las nalgas. Se sintió empujada. En la oscuridad se perdieron. En la oscuridad está.

Mirando los amarillentos despojos de una revista *Bohemia*, tomo los recortes con delicadeza de coleccionista. Antes había emplanado, en una raída cartulina, unas fotografías de Alicia Rico y Blanquita Becerra junto a dos fotos de María Rojo.

El hombre mira hacia fuera como si buscara la perdida efervescencia del Teatro Martí. Está nostálgico y deprimido. Se lamenta. Ya no es un teatro. Por obra y gracia de alguien, se ha convertido en un simple cine de barrio. Un cine donde unas mujeres marchitas ven pasar la vida entre filmes sin exhibirse, pudriéndose en las maletas plásticas o de metal. Él la visita de vez en vez. La ayuda a limpiar el portal y los baños. Así pudo saber por qué se le parece

tanto a María Rojo, la de la foto en la vieja cartulina. A mí también se me parece. Por eso va regularmente, cuando puede, como en estos días. Ha pasado a la sala de proyecciones y está revisando los fotogramas, pero hasta ahora la poca luz no le deja ver y está tumbado en la alfombra como si fuera en el agua. Va por el fotograma doscientos treinta y cuatro. Tiene que marcharse. Pero quiere descubrirlo todo. En el otro fotograma, María dice al de las preguntas, yo solamente puedo saberlo, compañero. El compañero escupe. María disimula, aparta la vista. El compañero es alto, tiene bigote tupido. La chaqueta azul le acentúa la marcialidad y la autoridad, que no puede disimular ni con los jeans azules y las sandalias de cuero. Usted no sabe lo que es eso, dice María al que evidentemente es un compañero y no una persona cualquiera. Por asuntos de ética no puede decirle, señor, ni amigomío, de corrido, como ella hace con sus conocidos. Oficial, dígame oficial. Usted no sabe lo que es eso. Toda la mañana con los muchachos, lavando sábanas meadas, y por la tarde, aquí, limpiando el cine, el orine de los espectadores, y hasta lo otro, sí, lo que usted sabe. Como el compañero lo sabe se amasa despacio por debajo de la mesa. Vuelve el rostro. Escupe. Vuelve el rostro. María se queja. Descarados, dice. Depravados, compañeros, unos depravados. Mientras el compañero asiente, sin haber continuado el fastidio de las preguntas de rigor, María se estruja las lágrimas como si quisiera lavarse el rostro y la conciencia, pero sabe que no puede. De tan solo haber entrado en el juego del coleccionista, sabe que no puede. Se sabe sucia. Lloro con más desconuelo, apoyando la cabeza en el borde de la mesa. El compañero aprovecha y escupe. Ella lo siente botar el escupitajo en el piso y se siente más abandonada. Quizá por ello, en el fotograma cuatrocientos veintidós, la mujer está en el suelo, tumbada sobre el montón de sangre. Ha intentado incorporarse, pero las fuerzas le dicen no. Perdió los lujosos zapatos de *France Soir* y nadie puede escuchar sus gritos. Aquí nadie puede oírla. No hay sonido. Sus movimientos son más lentos. Cada vez son menos sorpresas por minuto, por segundo. La sangre le mana de un oído y la nariz. En vano intenta retener el líquido. Se siente en el umbral neblinoso de otra sala, ahora sí desconocida, vacía, y toda la mañana el ochenta y dos veintiuno ha estado insistiendo en la soledad del apartamento, hasta las diez, pe eme. María lo descuelga y dice, dime (HAY UN SILENCIO LARGO) no jodas más, compadre, dime, tú eres hombre o qué coño... sí, está bien, pero esta vez y ya, dice María, prométemelo. Sí, hoy en la noche, pero, yo no quiero ponerme colorete, que te pasa, deja ese rollo de la boca pintá... María cuelga. Al volverse escucha otra vez el timbre telefónico y dice, sí. Y gracias, mi vieja, ahora mismo voy a buscar la leche. Sale María, y no sabe la ira con que la calle la va a recibir. Se entrega a la calle. No sabe María lo del rubio que la espera y se empecina. Escupe. Ríe. Se rasca la entrepierna. La espera y se empecina, pues ella no se lustra los labios de rojo bermellón. ¿Ya ves? Tú no eres como María Rojo. Dice y escupe. ¡Tú no eres como ella y menos como Blanquita Becerra! ¡Qué va! ¡Hoy te jodiste! Te lo advertí. Ustedes las mujeres son como mulas ciegas. ¿Por qué no te pusiste los labios como la morena de pelo corto que vi en *France Soir* ? Escupe. ¿Por qué no te pones

los labios como la muchacha de las películas mexicanas, coño? Escupe otra vez. El rubio la lleva a empellones y la pone contra la tapia de chinas pelonas. María procura zafarse bruscamente del brazo izquierdo, en tanto lo golpea en la cabeza con el contenido del bolso. El rubio no cede. La retiene por la muñeca, pero en el medio giro se golpea la cabeza desde el arco ciliar hasta la frente, escachándose contra la pared. Cae al suelo, aunque desde ahí alarga la mano, la toma por un tobillo hasta desplomarla al piso. El hombre ríe otra vez, pero yo no puedo reírme con estas cosas que se me han ido de las manos.

Las últimas patadas ya no la hacen contorsionarse. Está inerme. La golpeó sin compasión con el bolso que contenía los dos litros de leche. Las dos botellas de vidrio se han estrellado en su cabeza, en el rostro. Ahora la sangre y la leche se le han juntado con la piel, tal como una vez le hiciera con la miel debajo de su lengua. Como la Magdalena, María pudiera estar llorando si no fuera por los golpes propinados por el empecinado coleccionista. El maniático la visita regularmente. Ríe y escupe regularmente. En el cine hay un fotograma. Ha permanecido olvidado en una gaveta. Ahí aparece un hombre en gesto genuflexivo frente a una virgen, ahora sí de La Caridad, y también María como la mujer que yace exangüe en el callejón, lavándose con los primeros goterones de la lluvia descomunal que está cayendo. En el filme «El derecho de nacer» hay otros fotogramas parecidos al anterior: Albertico Limonta mira hacia un rincón y de reojo ve a la Virgen de La Caridad del Cobre. En ese fotograma no le pide a la Virgen con tanto esmero como lo hiciera el rubio de trabado corpachón para que nuestra común y descuidada María saliera esa noche al mercado a buscar leche, al callejón donde el rubio está roto como un muñeco de trapo, a tres metros de María. Otro golpe inesperado y desconocido lo derribó. Yo me río, pero no me preocupo mucho, pues no está manando tanta sangre como el hombre derribado en el diván de proyecciones, con los dos kilómetros de cinta filmica dispersos por la sala. Lo que me inquieta es que ya María no se anima a levantarse. No lo hace tampoco la actriz del vestido de óvalos blancos. El rubio se ha volcado bocabajo y coloca el brazo izquierdo como almohada pues no puede reponerse. Todavía tiene esperanzas de recuperar fuerzas y caer otra vez sobre María, escupir y reírse al mismo tiempo de María. María se parece ahora a la protagonista del filme interrumpido en el diván. Su cuerpo inanimado y la sangre del rostro son la mancha oscura de los fotogramas. Si pudiera darle marcha atrás al filme o a la vida, María hubiera querido ponerse todo el rojo del mundo sobre la boca gruesa, evitar así la golpiza del maniático de las pegatinas en la pared. Hubiera querido decirle estúpido, pero termina recordando a los niños. Solos en el apartamento. Con hambre, y tanta leche acá, derramada sobre los adoquines. Eso piensa María. Sólo piensa. No puede articular palabra alguna. A la primera de sus intenciones, las fuerzas vuelven a decirle no. Ya no hay marcha atrás. La vida no vuelve como el ruidoso tren, ese cacharro espantoso, apareciendo en nuestras vidas, llevándose el tiempo al infinito. El filme no puede repetirse. Martes, diez pe eme. Recogen las maletas plásticas, las cintas del cinematógrafo para llevarlas al almacén central. Hoy no van a

recogerlas. No las recogerían nunca cuando vieran esto. El hombre ha manchado el verde de la alfombra con su sangre, con la sangre de la puñalada, venida sabe Dios de cuál mano, o de qué sueño, de qué idea. Acaso de las mismas que derribaron al rubio del callejón, cerca de María. El filme no vuelve atrás pues ya no hay fuerzas ni anhelos en el hombre, que ha estado en el boquete de luz y lo ha visto todo. Lo ha visto todo y lo sabe casi todo, está exánime, herido de muerte. Lo sabe ahora casi todo, menos esa punzada intensa. El dolor comenzó por el abdomen. La navaja le lamió el cuello y las arterias. No puede articular palabra. Piensa en la actriz del filme, tumbada y moribunda. Sin zapatos ya no es como la modelo de *France Soir*. Le sentaban mejor los altos zapatos color beige con hebillas plateadas. Tampoco le sienta a esta actriz (ASÍ NO SE HACE CINE), no los labios, sino toda la cara roja por la sangre. En el callejón, el rubio se incorpora un poco. Escupe con odio. Escupe y odia. También se mueve el hombre del diván, más lento pero se mueve bajo el tragaluz. Como marionetas, parecen movidos por un extraño hilo de sangre. Ahora me río con más razón y menos remordimiento. ¿Ya ves, María? ¿Ya tú ves? Uno de los dos está sujetándose del muro o del proyector. La sala o el callejón le parecen una inmensa isla cubierta por la niebla del sueño y de la vida que se van. Cuando la vida o el sueño se van, alguien ríe y escupe con la misma resignación, y tú y yo estamos escuchándole decir, antes de caer o despertar definitivamente: píntate los labios, mi amor...



Kabuki I,
Óleo y acrílico sobre impresión digital sobre tela, 2003.